

Ron, Antonio Lafuente, Juan Pablo Fusi, José García Velasco, Consuelo Naranjo, Rosa Capel y Carmen Magallón, que llevan un colofón de Juan Francisco Fuentes dedicado al hermoso documental que ya mencioné al principio, y que fue atribuido a Araquistáin. La segunda parte corresponde lógicamente al despliegue necesario, pormenorizado, de los recorridos científicos y pedagógicos que impulsó la JAE. La física, la química y las matemáticas son ahí actualizadas por Ana Romero de Pablos; el Laboratorio de Fonética del Centro de Estudios Históricos lo estudian Leoncio López-Ocón, María José Albalá y Juana Gil; de la biología de Pío del Río Hortega se ocupa Alfredo Baratas, y de las artes Leticia Sánchez de Andrés, que también repasará los cuadernos escolares más adelante, en otro de los textos incluidos. Sobre la Residencia de Estudiantes escribe a su vez Isabel Pérez-Villanueva, y sobre la arquitectura de la JAE en el contexto de la renovación madrileña, Salvador Guerrero. Para finalizar, diremos que aspectos diversos de la pedagogía estimulada por influencia de la Institución Libre de Enseñanza son punteados por Antonio Moreno González, en tanto que sobre «la construcción de una naturaleza nacional», como parte inseparable de la labor científica de la JAE, argumenta Santos Casado.

En resumen, y como ocurriera algo antes con algún otro de los esfuerzos de investigación, prensa y divulgación ligados al centenario de la Junta (por ejemplo *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC. Cien años de ciencia en España, 1907-2007*, edición a cargo de M. Ángel Puig-Samper y con la participación de destacados especialistas), estamos ante un texto de ahora en adelante imprescindible para el seguimiento de un pasado científico, el español del siglo XX, interrumpido violenta y culpablemente, y cuyo conocimiento no es en modo alguno irrelevante de cara a su prosecución en el siglo XXI. ■

Elena Hernández Sandoica, Universidad Complutense de Madrid

Enric Novella. Der Junge Foucault und die Psychopathologie. Psychiatrie und Psychologie im frühen Werk von Michel Foucault. Berliner Arbeiten zur Erziehungs- und Kulturwissenschaft Bd. 40. Berlin: Logos Verlag; 2008, 80 p. ISBN 978-3-8325-1906-3, € 12,80.

Atender a la obra de Foucault por parte de los psiquiatras es algo que viene de antiguo y que se salda con una ingente bibliografía, la mayoría muy centrada temáticamente y buena parte de ella crítica, como señala el mismo Enric J. Novella (Valencia, 1972). Otra cosa es abordar específicamente la psicopatología y más aun hacerlo sobre la obra anterior a la publicación de la *Historia de la locura*. Este abordaje, por sí mismo, es destacable, porque hace que el autor se introduzca en la entraña misma del pro-

blema psiquiátrico que para Foucault resulta relevante en cuanto filósofo. Creo que este es, precisamente, el plano de lectura que resulta más fructífero, más inagotable y más imperecedero por abierto, sobre todo frente a las abundantes aproximaciones realizadas desde la historia institucional o la historiografía sociológica que, en ningún caso, pueden pretender obtener desde esa posición ninguna legitimidad para abordar la cuestión nuclear psicopatológica.

Centrarse en esta etapa supone situarse en el punto a partir del cual Foucault se dispone a dar un giro a su indagación y permite preguntarse por la génesis de la arqueología, el cuestionamiento de los términos sujeto, poder y verdad, como los motivos de su enfrentamiento a las corrientes predominantes en la psicología y psiquiatría de la época, es decir, las corrientes evolucionistas, hegeliano-marxistas, el psicoanálisis y la fenomenología.

Novella se pregunta cómo, más allá de ciertas cuestiones personales, en absoluto irrelevantes pero por sí mismas carentes de significación filosófica, advierte Foucault en la psiquiatría una problematicidad peculiar que sabe interrogar certeramente para desvelar las dificultades, insuficiencias y aporías de las corrientes psicológicas que se sostenían sobre presupuestos filosóficos cuestionables. Son las consecuencias de estos presupuestos filosóficos puestos en acción, concretados en prácticas discursivas y no discursivas, lo que le sirve a Foucault para poner en valor a la psiquiatría de cara a su significación filosófica. Estas dejan al descubierto el desacoplamiento entre discurso y realidad, queda en el aire la excedencia de la realidad que no ha sido sometida al concepto. La semiología médica, exportada a la psiquiatría en continuidad con el proceder positivista, aparece como un ejercicio meramente abstracto, impostado y huero, un modo de análisis inadecuado para los requerimientos clínicos (p. 24). Las semiologías construidas sobre las concepciones psicológicas se desacreditan al desvelar que, pretendiendo aparecer como herramientas neutras, no son otra cosa que dispositivos técnicos que encubren posturas filosóficas (gnoseológicas y ontológicas) y que con su puesta en práctica confieren consistencia al entramado conceptual-institucional y crean, al mismo tiempo, sus propios objetos y sujetos. Ello significa que el vínculo entre psicología y subjetividad ha tomado una orientación fatal en vista de la perspectiva epistemológica adoptada (p. 69). La relación subyacente entre signo y representación, mediada a través de la simbología psicoanalítica o la filosofía analítica, no deja de estar presente. El una y otra vez reprobado psicologismo representa el epitome de una acepción de la modernidad que impone un modo de relación entre el ser humano y la verdad, con consecuencias significativas e inesperadas, algo que la psiquiatría permite mostrar mejor que otras prácticas.

Veamos entonces el recorrido argumentativo. Por lo que respecta a la psicología positivista, como a la psiquiatría de la época, las críticas son bien conocidas. La psicología y psiquiatría positivistas imponen estrategias reduccionistas e inconsistentes, no sólo lógicamente, sino empíricamente, de modo que los resultados de la misma están a la vista hoy mismo. En el fondo se trata siempre de invertir el argumento ontológico para

nivelar el plano psíquico y orgánico, por medio de una semiología que sirva de enlace. Una vez hecho esto, es fácil ejecutar una metapatología (p. 23) o una metapsicología. La multiplicidad de estrategias y autores, pasando por H. Jackson, Ribot, Janet o Freud, confluyen en desactivar la subjetividad en su complejidad.

No obstante, Foucault considera que el psicoanálisis supone un paso adelante en la consideración de la individualidad respecto a las posturas evolucionistas, sobre todo por lo que se refiere al descubrimiento del sentido (p. 32), si bien en esto, al menos, debe compartir el mérito con Dilthey y Janet. Para Foucault, la obra de Freud acaba con los elementos naturalistas de partida, pero no resuelve el problema de la subjetividad, lo que se pone de manifiesto en la significación que atribuye a la hermenéutica objetiva con la que pretende atrapar el sentido, un sentido reducido que exige una subjetividad escindida, en la que el sujeto que sueña objetiva su sueño, busca la significación de un texto oculto. En definitiva, se exige que se comprenda el sujeto como una interioridad que puede ser por completo analizable y determinada.

Tampoco el análisis existencial va a estar para Foucault en disposición de comprender la enfermedad mental en su génesis efectiva, en parte porque no está en condiciones de atender, según el Foucault de 1954, a las condiciones sociales, económicas y culturales. Aquí es menester decir que Novella no nos facilita el camino, pues nada hay en su exposición que nos habilite para comprender la impotencia de Foucault atrapado entre la explicación sociogenética de corte marxista y la analítico existencial. La alternativa aportada, por la que se establece el enlace entre la crítica a ambas corrientes y la solución de su propia arqueología de la psicología y ontología de la enfermedad mental, aparece sin un paso intermedio que el propio Foucault nos escamotea y el autor tampoco nos ofrece.

Esto supone, desde luego, estar más allá del Foucault de esa primera etapa. Pero el autor nos ha ido dando claves, a mi entender, para transitar de una manera si no concluyente sí, al menos, factible. A todo lo largo del trabajo ha aparecido la negatividad del ser humano como un elemento explícito en el juego frente a las pretensiones de verdad de las ciencias (p. 22 y 66), o implícito en el trabajo de la imaginación (p. 48). Esta negatividad está actuando como desfondamiento de la subjetividad y también como condición de la aparición de lo completamente otro de sí (p. 38). Negatividad entendida como libertad y por tanto como el no ser en que consiste la subjetividad, algo indisponible no susceptible de ser determinado que posibilita la cancelación de todo poder autorreferencial, la diferencia en que consiste el sí mismo (Selbst) que deja aparecer lo otro de sí. Supone tratar con un aspecto preterido de la subjetividad desde el racionalismo que Kant y el idealismo pusieron al descubierto y que no ha logrado ser conjurado desde entonces por la filosofía y las ciencias. La transformación sutil pero decisiva del título de la segunda edición de *Enfermedad mental y personalidad* (1954) como *Enfermedad mental y psicología* (1962), denota ya la nueva línea abierta con *Historia de la locura* fuera de una explicación estrictamente economicista. Se pone en duda el mismo estatus científico de la psicología y las dificultades de la propia psicopatología

por definir su lenguaje. Quedan de manifiesto la existencia de restos incontrolables pertenecientes a la historia de nosotros mismos que, en su carácter de residuos, hablan del contenido ontológico usado, pero no determinado, agotado, o realizado, es decir, indisponible. Es, a mi ver, una influencia heideggeriana clara, que ahora va a ser leída en clave nietzscheana y de Canguilhem y con ayuda de la terminología estructural usada por el autor en la crítica al psicoanálisis (p. 33). Allí la oscilación entre lenguaje y habla se hacía ya en el mismo plano que la necesidad de remitirse a una experiencia concreta del ser humano real.

Acceder a esta experiencia requiere un uso de la contingencia y dispersión en que se queda desperdigado el acontecer histórico, un campo de sobras y restos, que la arqueología pretende poder someter a cierto control y expresión. El problema es siempre hacer inteligible lo singular, por ello ese ejercicio arqueológico consiste en la reconstrucción incesante del significado hasta completar suficientemente el fenómeno dado, el signo o el síntoma. En este sentido dicha tarea puede considerarse de reflexión, y supondría hacerse cargo del procedimiento por el que la negatividad forma parte de la experiencia. Se requiere afrontar la tarea psiquiátrica de enunciar algo de alguien en su transición a lo otro de sí, como acto libre. Por ello se cita con pertinencia al final del libro (p. 72) la necesidad de acceder a un estrato de la mismidad que no siendo mera autorreferencia, sea producto del cuidado de sí, que permita una relación con la verdad no moderna, por tanto que no sea aquella con la que se identifica la psicología, una relación que conlleva una determinación inexorable para la psiquiatría que se sostiene en estos presupuestos. Todo esto debe ser la tarea de la psicopatología.

Novella muestra como la obra de Foucault en los sesenta se aparta ya de la posibilidad de afectar a la psicopatología. En base a la arqueología y la genealogía, se sitúa en la crítica, pero no está en disposición de ofertar una alternativa a la psicopatología porque se centra en el binomio sujeto-poder/saber-poder y no resuelve la relación entre sujeto-signo-representación, ante la que se había dispuesto en sus obras tempranas. Querer situarse en el discurso para encontrar sus condiciones de posibilidad dentro de él, sin reducir su verdad a la del objeto como hace el positivismo, le exige ontologizar el modo como se rige el propio discurso, finalmente como poder. En la actualización de las posibilidades de lo real elimina al sujeto de su sujeción entregándolo a una trama dispersa de fragmentos y residuos, poderes y saberes que al plegarse generan zonas de subjetivización, pero también lo hace con la libertad que abre desde sí mismo y deja aparecer lo otro de sí como inmediatez, retrayéndose. Y sin esta dimensión subjetiva no hay psicopatología.

Cabe decir de esta lectura de Novella, lúcida y rigurosa, que hay que pasar por Foucault, entender su desarrollo y su encuentro con la psiquiatría para estar a la altura de la tarea de hacer psicopatología, del mismo modo que estar en disposición de entender la aportación de Foucault sólo es posible, precisamente, por haberse planteado la psiquiatría y la psicopatología como problemas. Porque del mismo modo que la psiquiatría se origina en el saber moderno, en la filosofía y en las ciencias, sólo

remontándonos a sus problemas más básicos y fundamentales podremos atrapar sus posibilidades, obtener una identidad satisfactoria y cumplir con sus deberes comprensivos y terapéuticos. Sólo estando en condiciones de trazar su camino, podrá escapar a la coerción de una cientificidad limitante que en ella se manifestaba ejemplarmente. Estar a la altura del problema es a lo que contribuye con claridad este libro. ■

Pablo Ramos Gorostiza, Hospital de La Princesa, Madrid

Steven Jay Peitzman. Dropsy, dialysis, transplant. A short history of failing kidneys. Baltimore: The John's Hopkins University Press; 2007, 213 p. ISBN 0801887348, € 24,95.

El relato describe, según el propio autor —nefrólogo e historiador—, el curso de la(s) enfermedad(es) renal(es), de su descubrimiento y conocimiento paulatino por parte de pacientes, médicos/as, políticos, gobiernos, medios de comunicación, fundaciones y corporaciones. Es un recorrido terminológico, de la perspectiva médica y del paciente, pero también del orden social, laboral y moral. El libro se dirige a un público variado. Responde a las inquietudes clínicas de los profesionales sanitarios, de mentes abiertas interesadas por procesos biológicos y fisiológicos o de «profanos» con afán de adquirir conocimientos técnicos sobre enfermedades del riñón: ofrece datos y denominaciones, tratamientos y diagnósticos, nombres de personalidades médicas, es decir, reconstruye la historia del conocimiento médico, de las técnicas y de la enfermedad. Al fin y al cabo, nos permite la comprensión de cómo las enfermedades renales empezaron por una simple retención de líquidos y acabaron con la realización de trasplantes de órganos. Pero el objetivo del autor no se detiene aquí. Peitzman elabora la historia de los/las pacientes, de los cambios en su visión o encuentro con la enfermedad y explica la incorporación progresiva de los actores sociales que configuran el mapa y conceptualización de las enfermedades renales. La(s) propia(s) enfermedad(es) adquiere(n) identidad propia, condiciona(n) las interacciones entre los demás sujetos implicados, el punto de vista clínico o la posición de las autoridades políticas.

El autor respeta en cada paso de su descripción los conceptos y términos propios de la época, contextualiza los procesos y acontecimientos, sin ánimo de traducirlos al lenguaje tecnológico contemporáneo. Sin embargo, al final de cada capítulo, incluye el apartado *A later perspective*, donde presenta una explicación científica actual de los contenidos descritos en el capítulo. La bibliografía se organiza por capítulos y recoge una variedad de fuentes: desde textos como el de Richard Bright publicado en el *Reports of Medical Cases* (1827) a libros y artículos actuales.